

ANEXO

¿Un arte latinoamericano?

Mariela Alonso

América Latina es un concepto desarrollado durante siglos que define una unidad territorial basada en la diversidad, la desigualdad y la contradicción por lo que, para muchos, resulta imposible por impracticable. Esta construcción histórica, geográfica, económica, social, política y cultural fue cambiando y desplazándose hacia un lugar cada vez más crítico y de resistencia, en permanente tensión con la escena global y su propia condición de alteridad respecto de los centros legitimadores del mundo occidental.

Las constantes tensiones entre integración y desintegración, unión y reunión, natural y político, tradición y modernidad, hablan de una unidad regida por un principio de heterogeneidad que debe ser leído desde la complejidad, sin extrapolaciones ni reduccionismos, y que es base de la identidad latinoamericana, una comunidad imaginaria que se integra al mundo occidental renunciando a su historia y volviéndose parte del mundo europeo.

De hecho, las identidades latinoamericanas ligadas a la consolidación de los estados nacionales formados en el siglo XIX se constituyen a partir del corte brutal con el pasado indígena, un quiebre que define identidades con fecha de fundación, límites territoriales y próceres apropiados, reducidos y recortados de la lucha americana, para liderar un panteón nacional que funde una historia que se escriba hacia el futuro, con la esperanza de ser considerados algún día los más occidentales de los países europeos. En este sentido, y a pesar de las diferencias regionales, en el siglo XIX América Latina se considera europea por orígenes y culturas, y sus referentes, cánones de belleza, principios arquitectónicos y modelos culturales, políticos y religiosos están fuera de sus territorios, al que no los une más que su ocupación, muchas veces vista como inferior por remota y diversa.

En el nacimiento de los estados nacionales, el arte desempeña un papel fundamental, porque interpreta eventos y personajes que serán la base de la historia escolarizada, a la vez que expresa poéticamente su posición en el campo universal. Sin embargo, en las primeras décadas del siglo XX se produce, al decir de Juan Acha (1994), un despertar de la conciencia latinoamericana, marcado por la consolidación de tendencias artísticas y una territorialidad autónoma. En este sentido, Acha plantea que, desde 1920, en América Latina se intensifican los nacionalismos y cambia el curso de las identidades nacionales y los latinoamericanismos,

que empiezan a aceptarse como distintos de otros lugares de occidente, y buscan plasmar una condición colectiva en la tensión entre indigenismo y nacionalismo.

Este “despertar” se diferencia del criollismo localista que durante siglos se opuso a la colonia española, tanto como del territorialismo promulgado por los revolucionarios independentistas del siglo XIX, y se proyecta desde la pertenencia a una modernidad que lo conecta con otras regiones, a la vez que es la base fundacional de una nueva identidad latinoamericana. En este contexto, cada país, cada movimiento, cada grupo busca definirse en el apoyo de las artes plásticas, desde donde se legitiman las plurales y sincréticas identidades nacionales, en algunos casos valorando el componente indígena (México y Perú), en otros adscribiendo a los problemas estéticos internacionales (Argentina y Uruguay), o superando la tensión dialéctica de estos polos desde el mestizaje. De este modo, Acha perfila el origen del arte moderno latinoamericano, un complejo proceso sociocultural que se ordena en base a la producción, distribución y consumo de bienes culturales, y que requiere ser considerado más en términos materiales que estéticos o sensibles ya que, para analizar críticamente e historiar las artes, es fundamental devolverlas a una trama socioeconómica marcada por la desigualdad y las contradicciones propias de la modernidad, en su relación con las “culturas madre” europeas.

Por eso, para Acha resulta fundamental redefinir el concepto de arte occidental, dando cuenta del paso de lo visual a lo conceptual, del pluralismo a la complejidad, el mestizaje y los problemas oriundos de la región, con la intención de superar la dependencia cultural, tecnológica y económica propia del arte latinoamericano. Porque solo de esta manera se llegará a teorías y prácticas verdaderamente latinoamericanas. Y solo a través del arte puede conocerse la realidad.

Por su parte, autores como Traba (1972) no pueden pensar un arte latinoamericano ya que no tiene valor como tal, reconocido en términos de igualdad con las producciones culturales de los grandes centros occidentales que, sistemáticamente, descalifican lo regional y privilegian la homogeneidad en nombre de una “cultura planetaria”. A los artistas solo les queda la resistencia ejercida desde el asco, el repudio y el rechazo al proyecto del arte moderno, y desde la reconexión política y cultural con los medios regionales, en la medida en que conciben al arte como lenguaje y comunicación.

Por otro lado, para autores como Flores Ballesteros (2003), que analiza la historia y la actualidad de estos procesos en América Latina en el contexto de la globalización, es importante recuperar lo nacional heterogéneo, en relación imprescindible con la diversidad cultural y la pluralidad local, y con una incidencia directa en la antiglobalización pensada, al decir de Mignolo (1997), desde una razón postcolonial.

Además, tanto Acha como Colombes y Escobar sostienen que, en América Latina, falta desarrollar un pensamiento propio regional, con la autonomía conceptual para contextualizar las obras latinoamericanas en su complejidad y especificidad, dando cuenta de su contexto cultural y más allá de las imposiciones de los países centrales adueñados de la teoría. Porque una teoría del arte que se conforme desde América Latina modificaría

no solo las obras sino también la forma en que son percibidas, ya que el problema del arte es que expresa la estructuración simbólica de una comunidad. Mitos, ritos, simbolismos regionales, intensifican a través del arte la experiencia comunitaria en la que convergen distintas manifestaciones estéticas, que exceden los límites impuestos por la cultura dominante que les niega entidad de obra.

Entonces, hablar de arte latinoamericano no designa una esencia ni un estilo, una materialidad ni un dispositivo, sino un recorte ideológico, sostenido por razones políticas, conveniencias históricas y eficacia metodológica, en tanto la categoría permite nombrar un espacio discursivamente construido, en el que se cruzan significaciones y propuestas resistentes a la mirada centralista, que tradicionalmente sostiene el proceso de desmantelamiento de las culturas originarias, la imposición violenta de un idioma y la discriminación de las producciones culturales autóctonas. En definitiva, el arte latinoamericano no define un concepto estilístico sino imaginario, complejo y sensible, que expresa la tensión identitaria de una región en el cruce, que no termina de definirse como tal.

Referencias

- Acha, J. (1994). *Las culturas estéticas en América Latina (Reflexiones)*. México, UNAM.
- Acha, J., Colombres, A., Escobar, T. (2004). *Hacia una teoría americana del arte*. Buenos Aires: Editorial del Sol.
- Bayon, D. (1974). *América Latina en sus artes*. México: Siglo XXI-UNESCO.
- Bayon, D. (1974). *Aventura plástica en Hispanoamérica. Pintura, cinetismo y arte de acción 1940-1972*. México: FCE.
- Colombres, A. (2004) Introducción. En Juan Acha, Adolfo Colombres, Ticio Escobar (2004) *Hacia una teoría americana del arte*. Buenos Aires: Editorial Del Sol.
- Colombres, A. (2005). *Teoría transcultural del arte. Hacia un pensamiento visual independiente*. (pp.9 a 32). Buenos Aires: Editorial Del Sol.
- Escobar, T. (2011) *Culturas nativas, culturas universales. Arte indígena: el desafío delo universal*. En *Una teoría del arte desde América Latina* (pp. 31 a 51). Madrid: Tumar.
- Flores Ballesteros, E. (2003). *Lo nacional, lo local, lo regional en América Latina: de la modernidad a la globalización y la antiglobalización*, en: *Revista Huellas*, N°3. Mendoza.
- García Canclini, N. (1994). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires: Grijalbo.
- Giunta, A. (1996). "América Latina en disputa. Apuntes para una historiografía del arte latinoamericano". Oaxaca, International Seminar Art Studies for Latin American, Instituto de investigaciones estéticas, 1 al 5 de febrero de 1996.
- Manrique, J. A. (1974). *¿Identidad o modernidad?*, En Bayon, D. (1974). *América Latina en sus artes*. (pp. 19-33). México: Siglo XXI-UNESCO.

- Mignolo, W. (1997). La razón postcolonial: herencias coloniales y teorías postcoloniales. En: De Toro, A. Postmodernidad y Postcolonialidad. Breves reflexiones sobre Latinoamérica. (pp. 51-70). Madrid: Veruvert- Iberoamericana.
- Olivar Graterol, D. (2012). El latinoamericanismo en las propuestas teóricas y crítica de Juan Acha: la convergencia con las teorías del Caribe. Revista Brasileira do Caribe, vol XII, número 24, enero-junio 2012, p. 459-486. Universidad Nacional de Goias, Goiania, Brasil.
- Oporto, M. (2011). De Moreno a Perón. Pensamiento argentino de la unidad latinoamericana. Buenos Aires. Primera Clase Impresores.
- Traba, M. (1972). El arte latinoamericano actual (Vol 10). Caracas: Editorial de la Universidad Central de Venezuela.
- Zanatta, L. (2012). Historia de América Latina: de la Colonia al siglo XXI. Buenos Aires: Siglo XXI.